

ble con aquel; cuando los afectos de familia te lleven hasta al quebrantamiento del deber, es de justicia que los limites y sujetes á razon. Oye las divinas enseñanzas del Niño perdido: «Allí donde se trata de la gloria de mi Padre, allí estaré Yo, aún cuando mi Madre sufra el desconsuelo de tres dias de separacion.»

Ante un ejemplo tan claro y persuasivo, jamás, de aquí en adelante, vaciles en sacrificar, si así conviene, los más dulces afectos de familia en aras del aumento de la gloria de Dios.



CAPÍTULO VI.

El primer misterio doloroso: La oracion y agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto.

I.

ANTES de entrar en la sangrienta batalla de su Pasion, quiso Nuestro Señor Jesucristo prepararse por medio de una oracion larga y fervorosa. Sabiendo que debia ser entregado por su traidor discípulo Judas á sus enemigos, ya entrada la noche se fué con los Apóstoles á un huerto algo apartado y muy solitario, donde solia con mucha frecuencia retirarse para orar. Jesús fué muy amigo de la oracion nocturna, por lo cual la Iglesia la ha perpetuado entre sus hijos predilectos, los monjes y demás contemplativos. Dejó á sus

discípulos, fuera de tres que llevó consigo, en un punto algo distante del que tenía escogido para entregarse á su fervorosa oración. Los tres á quienes escogió para testigos de su agonía y de las amargas efusiones de su abatida alma, fueron Pedro, Juan y Santiago, los tres especialmente queridos del Salvador, quien puso á cada uno de ellos un cariñoso sobrenombre que indicaba el carácter y oficio que tendrían en el reino evangélico. Al primero llamó *Piedra*, porque debía ser fundamento de la Iglesia, y á los otros llamó *Hijos del trueno* por la fuerza é impetuosidad de su celo en la propagación del amor á Jesucristo. Escogió sin duda á éstos para que se viese más claramente la nulidad del hombre en los grandes peligros, cuando no se ampara de la poderosa áncora de la oración.

Solos ya Jesús y los tres discípulos, el primero, postrado en tierra, empezó á orar, y los segundos á dormir; adviérteles el Señor la necesidad de prepararse para el peligro que está cerca, y les recuerda la flaqueza de la carne que ha de ser corroborada por la oración; el divino Señor siente la congoja profunda del desamparo divino y humano;

apetece el consuelo de la compañía, y con amargo y amoroso acento les dice: «¿Ni una hora podeis orar conmigo? pues dormid...» Prepárate, alma mía, para contemplar la tremenda batalla entre la flaqueza de la naturaleza humana y el rigor de la justicia de Dios, que reclama de Jesús la sangrienta expiación de los pecados humanos. La Divinidad como que se hubiese retirado en aquellos instantes del triste Salvador del mundo, y faltándole este apoyo á la flaqueza humana de Nuestro Señor, encuéntrase aplastado y aturdido por infinitas y agudísimas pasiones. La vergüenza le domina. Adán despues del pecado se sintió avergonzado y escondióse; el nuevo Adán, que voluntariamente cargó sobre su humanidad el peso de todos los pecados, desnudo, por decirlo así, de la divinidad, sintióse también oprimido por una inmensa vergüenza, viéndose cubierto y vestido de la ignominia del pecado. El temor le sobresalta. A sus ojos están patentes, no sólo los tormentos de la Pasión, sino también los insuficientes frutos que la misma producirá en la ingrata raza de Adán; los dolores que sufrirá su delicado cuerpo en el azotamiento, en la coronación de espinas, en el

camino del Calvario y en la cima del mismo al ser crucificado; el rubor que se apoderará de Él al ver su castísima carne desnuda á los ojos de todo el mundo; los sentimientos tris-tísimos que inundarán su corazon al ver á su inocente Madre participando inmensamente de la dureza del sacrificio para la expiacion del pecado, y á sus débiles discípulos huyen-do despavoridos y negándole cobardemente á la primera vista del peligro; las sempiter-nas, variadas y siempre difíciles y duras ten-taciones que tendrán que sufrir los que quie-ran seguir sus pisadas: todo esto agobióle y espantóle hasta el punto de tener que pe-dir al cielo, á su Padre celestial, que le rele-vase de la tremenda obligacion que habia contraído: «Padre, si es posible, que pase de Mí este cáliz.» Y al decirlo la lucha era tan fuerte en aquella alma bienaventurada, era tan sangriento el conflicto de pasiones trabado en aquel sacrosanto Corazon, que derramando sangre y sudor por todos los poros de su cuerpo perdió éste el sosteni-miento (1), y cayó en tierra víctima del pe-cado Aquel que formó el mundo y las estrellas

(1) Sor Ana Carolina Emmerich, pág. 157.

con una sola palabra de su boca. Dios se apiadó de la inocente Víctima, mas con una piedad digna de Dios. No condesciende con la flaqueza humana, porque ama la naturaleza humana y quiere que consume su triunfo; la auxilia y fortalece á fin de que pueda llevarse á cabo la grandiosa obra de la salvacion de los hombres por el Hombre-Dios, y la destruccion de la tiranía de Sata-nás, cuyo yugo humillante va á ser quebrantado por el Hombre.

La oracion siempre produce su efecto, y cuando la oracion es constante y valerosa sus efectos son admirables y divinos. Leván-tase Jesús de orar, y generoso y fuerte, como el leon, emprende el difícil camino de la muer-te, entregándose mansamente á sus enemi-gos; en cambio los discípulos, que fueron negligentes en la oracion, faltos de valor, huyen pusilánimes á la vista de Judas y sus malvados satélites.

II.

Aprende, alma mia, de amar la oracion. Es tan necesaria al hombre, que el mismo Verbo eterno hecho hombre usa de ella; y

no sólo la alaba de palabra, sino que en su vida terrena, relatada en los santos Evangelios, vemos que hace de la oracion su ocupacion perenne y favorita. Mas donde mejor se descubre la eficacia divina de ella, es en esta noche de la agonía del Huerto. La oracion transforma al hombre, expele la flaqueza, infunde brio al corazon, ilumina la inteligencia, sujeta las pasiones, desvanece las ilusiones y hácele participante del mismo Dios. Recuerda sino lo que le pasó á Jesucristo, y mira en Él el modelo y ejemplar de lo que puede la oracion de la criatura mortal y pasible. Mas si quieres en tí sentir efectos semejantes á los que sintió Cristo, procura imitar su oracion. Sé constante, aún en medio de las distracciones de la vida social; perseverante, á pesar de las divagaciones de la imaginacion y de la rebeldía de las pasiones; humilde, postrándote en la tierra y reconociéndote más despreciable que el polvo, á la manera que Cristo oró postrado en tierra como no pudiendo sostener la mirada divina; sea silenciosa, huyendo de todo bullicio y distraccion. Procura, cristiano, adquirir el espíritu de oracion, y el Espíritu de Dios morará en tí. No seas parco en orar;

los primeros cristianos oraban de continuo, y en esto no hacian más que seguir el precepto del divino Maestro, que encargaba á los suyos que orasen sin interrupcion. La Iglesia tambien te recuerda este deber característico del cristiano. Sin la oracion nada adelantarás en la vida espiritual; aún más: si no tienes oracion, si no sientes la necesidad de ella, teme no estés muerto á la vida del espíritu; porque la oracion es como la respiracion del alma cristiana, la señal de vida, el signo de su sanidad, su perpetuo sustento, purificándola de continuo. La tentacion nunca pára en esta vida, y el hombre es flaco para resistirla; acude, pues, siempre á Aquel que venció á Satanás por medio de la dolorosa oracion del Huerto; une á la suya tu humilde plegaria, y la seguridad, la confianza y el triunfo coronarán tus esfuerzos.

III.

En este sangriento espectáculo de la oracion y agonía del Hijo de Dios en el Huerto debes contemplar la lucha de las pasiones humanas, aún en las almas mejor templa-

das, y los dolorosos destrozos que causan en los corazones cristianos, á pesar de no avasallarse á ellas. La más fatal herencia que tiene en sí vinculada el linaje de los pecadores es la de las pasiones, que de continuo roen las entrañas del alma y amargan el espíritu más que todas las contradicciones exteriores. En la infancia, en la juventud, en la edad madura y en la ancianidad, nunca falta la opresion y violencia de las pasiones; cambian con las edades y las circunstancias, pero nunca mientras vive se ve el hombre libre de ellas. La vida muchas veces llega á hacerse fastidiosa por la continua lucha del hombre consigo mismo; nuestro porvenir temeroso por la incertidumbre en que quedamos, despues de la batalla, de si hemos sido vencidos ó vencedores, y de consiguiendo ignorantes de si somos dignos de castigo ó de premio; y nuestra turbia conciencia en esta situacion exhala quejidos y gemidos difíciles de remediar, y que sólo quedan mitigados por la humilde resignacion y confianza en la misericordiosa voluntad de Dios. Mas si quieres encontrar en estas circunstancias un verdadero alivio y un auxilio que te fortalezca, contempla profundamente este

primer misterio de dolor del santísimo Rosario. Estas luchas, angustias y perplejidades interiores quiso pasarlas el Hijo de Dios; estas pasiones furiosas y crueles quiso sentir las el dulce Jesús, á quien, cual huracan furioso, llegaron á derribar por tierra; y si Él, Señor y Dios de los hombres, se sujetó humildemente á tales abatimientos y amarguras, ¿resistirás tú á la voluntad de Dios, cuando permita que un tropel de pasiones interiores te arrastre furiosamente hasta el borde del precipicio? Imita al buen Jesús, y con toda seguridad descansa en su pecho, amoroso baluarte inaccesible á toda mala pasion, une tu oracion á la suya, haz una oracion semejante á la suya, es decir, reverente, constante, humilde y resignada, y entonces, cumplido ya el divino beneplácito, verás despejarse tu alma de las espesas tinieblas que la envolvian, y tu corazon recobrará la suave tranquilidad propia del cristiano, con la humilde alegría del que reconoce que, gracias á la proteccion divina, ha podido libertarse de un peligro espiritual.

